

# Periodismo, realismo y sociedad abierta

**José Manuel Chillón**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Valladolid  
josemanuel@fyl.uva.es

## Journalism, Realism and Open Society

ISSN 1989-7022

**RESUMEN:** El artículo propone una teoría de la información periodística desde la vinculación entre sociedad abierta, realismo y democracia en sentido popperiano. El periodismo encuentra su sentido en la libertad. Y es la promoción de la libertad la que provoca que pueda darse una sociedad abierta. Los enemigos que hoy tiene la sociedad abierta ya no son los mismos que los que ayer detectó Popper, pero sí lo son por lo mismo: por impedir el desarrollo individual y social. ¿Contribuye el periodismo a la construcción de una sociedad abierta o más bien contribuye a reducir la libertad?

**ABSTRACT:** This paper proposes a theory of journalistic information from the connection between open society, realism and democracy in the popperian sense. Journalism finds its meaning in freedom. And the promotion of freedom brings out a society to be open. The enemies that open society has today are no longer the same as those that Popper detected yesterday, but they are still enemies for the same reason: to prevent individual and social development. Does journalism contribute to the construction of an open society or does it close the possibility of freedom?

**PALABRAS CLAVE:** Karl Popper, periodismo, realismo, sociedad abierta, crítica, libertad

**KEYWORDS:** Karl Popper, journalism, realism, open society, critique, freedom

### Introducción

Es un lugar común reconocer que nuestras sociedades son sociedades de la información, sociedades en las que el elemento aglutinador se basa en la disposición de información y en la capacidad de implementar distintos medios de proveer de este caudal necesario. Nuestras sociedades de la información, máxime ahora en la era digital, han estrechado lazos y han acortado distancias. El binomio sociedad de la información, además, parece difícilmente compatible con sistemas dictatoriales y por tanto se nos presenta vinculado con formas democráticas de organización política. Información es libertad. Libertad para saber elegir y, dado el caso, para poder cambiar. Pocas palabras conectan tanto su campo semántico con información como el término "apertura". Lo vemos quizá mejor pensando en el antónimo. Hablamos socio-políticamente de cierre cuando no hay disposición al cambio, cuando queda condenada toda actitud crítica, cuando no hay conciencia del error, cuando no puede reconocerse el progreso. "La verdadera libertad de pensamiento no es posible sin libertad política. La libertad política se convierte así en condición del pleno uso de la razón de cada individuo." (Popper 1996, 264) De ahí que poseer información sea la mejor manera de destapar las argucias de la autoridad, las mentiras del poder, de aprovisionar a los ciudadanos de contenidos para poder elegir y hacerlo mejor, o incluso de reconocer la fragilidad de todas los constructos ideológicos y hasta de las convicciones que los sustentan.



Parece evidente que la conexión semántica entre información y apertura viene precisamente por la libertad. Sociedades abiertas, entonces, son aquellas en las que los flujos de información no encuentran otros límites distintos de aquellos que poseen todas las otras formas de ejercicio de la libertad. Según Popper, para ello debería existir el poder: para arbitrar el campo de juego en el que las libertades sean compatibles entre sí. Por eso, cree el vienés, no conviene ceder demasiadas expectativas en la política ni en las instituciones públicas y mucho menos en su capacidad para hacer feliz al ser humano. Es mejor, pues, situar la autoridad en esa mera misión instrumental de regular las libertades en conflicto. Pero las sociedades abiertas, las sociedades con capacidad para la crítica, lo son precisamente por el aprecio a la verdad, por el reconocimiento de que existe una realidad independiente de nosotros a la que nuestras construcciones conceptuales siempre tratan de ajustarse deficitariamente, por la constatación en definitiva de la provisionalidad de toda propuesta siempre sometida a la posibilidad del error. Este es el nexo entre sociedad abierta y realismo. De modo que la apertura no juega en campo del relativismo ni del escepticismo, sino del más sano pluralismo vinculado al sentido común de que tiene que haber infinitas perspectivas para acceder a una realidad que siempre se escapa a la constatable finitud del conocimiento humano.

La sociedad abierta, en palabras de Popper, tiene sus enemigos. En la Europa de mediados de siglo XX, los enemigos eran los totalitarismos, los ideólogos del sistema que, desde lugares bien distintos, querían doblegar al ser humano con criterios que para nada abundaban en la libertad sino exactamente en lo contrario. Auschwitz o Archipiélago Gulag fueron los símbolos de hasta dónde puede llegar una sociedad cerrada a la razón y a la libertad. La razón es la que queda sometida a no sé sabe muy bien qué ciencia histórica, la cual supuestamente predice hacia dónde va la marcha ineluctable de la historia; o bien al resentimiento que busca cohesionar la convivencia desde criterios excluyentes y violentos como los de la sangre, la raza o la nación. Pero aquellos enemigos hoy no están, al menos de momento. Vivimos en otro tiempo en el que la democracia se da por descontado y la libertad parece venir de serie. Y entonces, ¿podemos seguir hablando de *enemigos* de la sociedad abierta? Este trabajo responde afirmativamente. Con una particularidad típica del momento que vivimos: algunos de los enemigos de la sociedad abierta resultan, a la vez, sus más fervientes defensores. Aquí es donde debemos situar el análisis de la contribución de los medios de comunicación a la construcción, a la forja, al mantenimiento de la apertura. ¿De qué lado está el periodismo?

## 1. La propuesta de la sociedad abierta

Karl Popper es uno de los pocos filósofos contemporáneos en cuya biografía y bibliografía puede reconstruirse el complicado panorama de la filosofía del siglo XX azuzada por los vaivenes políticos de dos guerras y de dos ideologías opuestas: fascismo y comunismo (Marcos 2004).<sup>1</sup> En este filósofo coinciden una conmoción vital y tal decepción intelectual que solo dejan hueco para una convicción: la esencial conexión entre la razón y la libertad; el carácter pseudocientífico de las posiciones dogmáticas y la eminente vinculación entre ciencia y crítica. Se iba fraguando así la perspectiva de la filosofía de Popper: el racionalismo crítico. Se trataba de concebir la ciencia como el saber crítico provisto de presupuestos racionales que construyen leyes universales provisionales, abiertas a la posibilidad del error como condición de posibilidad de un mayor ajuste entre las teorías y la realidad. Y la consecuencia moral que aboga por una democracia que pide a gritos romper con las vinculaciones violentas de todo

extremismo historicista que entiende la ciencia como si de predicciones ineluctables se tratara. Es dudoso saber si fue primero la necesidad de romper las pretensiones científicas del Círculo de Viena mediante la crítica al proceder inductivo que lo sustenta y después su investigación práctica del falsacionismo lógico comprendido como falibilismo, o fue al revés y, por tanto, es su particular conmoción ética la que le lleva a la misión intelectual de derribar los presupuestos científicos del marxismo y de todo historicismo estudiando para ello el procedimiento de las ciencias naturales. ¿Era Popper un filósofo de la ciencia que después aplica su conocimiento al ámbito social? O ¿es al revés y entonces hay que pensar que llega a la filosofía de la ciencia después de buscar un fundamento ético a lo que está sucediendo en este momento? En definitiva, ¿cuál es la raíz de su pensamiento? Mariano Artigas, con su libro *Lógica y ética en K. Popper* (Artigas 1998), pone en circulación el texto de una intervención de Popper dos años antes de morir en un congreso de Kioto. Artigas le da mucha importancia a ese texto y a partir de ahí interpreta el pensamiento de Popper de la siguiente manera: la filosofía popperiana está incentivada por problemas morales y desde ahí pueden entenderse sus conclusiones en filosofía de la ciencia.<sup>2</sup> Independientemente del asunto hermenéutico, aparece aquí algo decisivo para lo que nos ocupa: se trata de asumir las dos consecuencias de esta *militancia* en el racionalismo crítico. La primera consiste en la aceptación del carácter conjetural del conocimiento y de la ciencia. La segunda, advierte de las consecuencias morales y políticas de sociedades cerradas, de sociedades intolerantes gobernadas por dogmatismos ideológicos en las que no se puede ser libre.

El Círculo de Viena había reconducido el quehacer de la filosofía al análisis de los enunciados en los que se expresan las ciencias: enunciados particulares en permanente conexión con la experiencia, como *conditio sine qua non* de su justificación racional. Este neoempirismo era a su vez una teoría del método científico cuyo criterio de verdad consistía en la verificación de los enunciados en la experiencia. Y así, la base empírica de los enunciados protocolares de las ciencias, la garantía del procedimiento de inducción completa y el rechazo a toda metafísica, aparecen, según la filosofía de la ciencia del Círculo de Viena, como los pilares de todo quehacer científico que quiera conducirse por la senda de la racionalidad. Pero Popper detecta que estos presupuestos de base, en la teoría, adolecen de fundamento racional y, en la práctica, ni explican el procedimiento científico ni dan cuenta del progreso del conocimiento. Es preferible optar por el *falsacionismo* que, más que buscar leyes cerradas, propone teorías abiertas (conjeturas) a la posibilidad del error (refutaciones). Y es que la aceptación del error, la posibilidad de encontrar teorías más adecuadas a la realidad y, en definitiva, la apertura, aparecen como marcas de garantía de la auténtica actividad científica, del auténtico carácter crítico de la racionalidad humana. “La ciencia como realmente la encontramos en la historia es una combinación de tales reglas y de error (...) El científico necesita una teoría del error que añadir a las reglas ‘ciertas e infalibles’ que definen la aproximación a la verdad.” (Feyerabend 2002, 12)

Nada como estas tesis para aproximarse a los fundamentos de las sociedades democráticas en las que nadie puede atribuirse la posesión de la verdad, en las que el pluralismo político aparece como consustancial a las múltiples formas de vida, a la mirada de maneras de comprender el mundo en definitiva. ¿No es el periodismo, y sus distintas y legítimas líneas editoriales, testigo de este pluralismo social y político tan vertebrador de los sistemas no totalitarios? Y entonces, ¿no encuentra el periodismo aquí, en su capacidad de ser actor protagonista en la construcción de una sociedad abierta, su conspicua normatividad?

## 2. La racionalidad del periodismo

“Soy el último rezagado de la Ilustración (...) Esto significa que soy un racionalista y que creo en la verdad y en la razón humana.” (Popper 1996, 260) Parecen enunciados absolutamente contradictorios: asumir el pluralismo social y político, la complejidad de la realidad siempre inabarcable y, a la vez, asumir como convicción esa creencia en la verdad. De hecho, el periodismo, fundamento sin par de las sociedades democráticas, es la mejor expresión de la incertidumbre ante lo real y de su consiguiente apariencia de fragmentación de la verdad. Pues bien, lo que la teoría de la información periodística va a encontrar siguiendo a Popper es que, sólo otorga sentido al periodismo la búsqueda de la verdad que todo periodista asume como punto de partida: algo ha sucedido. A pesar de que, la limitación epistémica, los condicionantes ideológico-empresariales, el contexto y formación del periodista y las mismas rutinas profesionales expliquen los distintos modos de “noticiabilidad”. Por tanto, con Popper, la reflexión, sobre el periodismo, sobre la racionalidad crítica que explica el proceder mediático, encuentra un fundamento teórico que, como veremos, está vinculado indefectiblemente con una determinada actitud de búsqueda de la verdad: el falibilismo.

Según Popper, la racionalidad es, a la vez, una constatación del papel limitado y modesto de la razón en la vida humana. Y esta constatación es la que arrastra la convicción a la que nos referíamos más arriba. Optar por la razón es optar por la capacidad crítica, por la discusión racional, por la necesidad de un aprendizaje permanente. Una opción que pone sobre la mesa el carácter falible de nuestros conocimientos, incluso de los que creemos mejor asentados. Por eso, porque hay capacidad crítica, hay aprecio del error como compañero inseparable en la aventura del conocimiento y de la convivencia. Y, curiosamente, el error es la prueba y el fundamento del aprecio por la verdad.<sup>3</sup>

Esta búsqueda permanente de la verdad explica también el quehacer periodístico. Y es esta la que aporta las dosis de humildad intelectual necesarias para asumir la inmensa pequeñez de lo que somos frente a la extremada complejidad del mundo, así como la grandeza de una profesión, esta del periodismo, que puede tildarse, teórica y prácticamente, como el mismo Popper titula su propia autobiografía: *Búsqueda sin término* (Popper 1977). La discusión crítica se presenta así como el presupuesto esencial del pensamiento libre del individuo que a su vez exige verdaderas condiciones de libertad que garanticen el pleno desarrollo de las libertades individuales. Libertad política, por tanto, para un pensamiento libre; sociedad abierta, en definitiva, para una libertad de expresión auténtica (Chillón 2015).

## 3. Hacia un tipo de realismo periodístico

La realidad existe, quién lo duda mediáticamente: ocurren cosas, se hacen determinadas declaraciones, acontecen numerosos actos... A esa realidad le corresponde una verdad. Las noticias no dejan de ser construcciones que pueden ser verdaderas o falsas si se corresponden con la parcela de realidad que intentan explicar. Ahora bien, puesto que nunca encajan a la perfección noticias y realidad o, al menos, no podemos tener la certeza de que así sea, todo lo que podemos decir de la realidad, también mediáticamente, son meras conjeturas, a la espera de mejores y más perfectos ajustes. Y de este posicionamiento ontológico (la verdad existe y la mejor prueba de ello es la existencia del error) surge la actitud crítica: el periodis-

mo conjetura con la realidad. Las construcciones noticiosas son como redes que el periodista lanza a la realidad. Esas redes se van tupiendo como consecuencia del progreso del conocimiento que periodísticamente exige contar con las otras miradas e incluso descubrir que en la propia hay siempre límites. De esta manera, el proceso de investigación y el trabajo intelectual, también el periodístico, es siempre una tarea progresiva e inacabada, abierta a la crítica y dispuesta siempre a mejores y más perfectos ajustes entre las teorías (o las construcciones informativas) y la realidad.

Dos de esos nuevos valores por nosotros inventados, me parecen de la máxima importancia para la evolución del conocimiento: la actitud autocrítica a la que debemos siempre aspirar y la verdad objetiva que debemos buscar (...) El primero de estos valores penetró por primera vez en el mundo con los productos objetivos de la vida, como telas de araña, nidos de pájaro o presas de castor; productos que pueden ser reparados o mejorados. La emergencia de la actitud autocrítica es el principio de algo aún más importante: de un enfoque crítico en interés de la verdad objetiva (...) De la ameba a Einstein hay un solo paso. Ambos trabajan con el método de ensayo-error. La ameba debe odiar el error, pues muere cuando lo comete. Sin embargo Einstein sabe que sólo podemos aprender de nuestros errores, y no ahorra esfuerzo alguno en hacer nuevos ensayos para detectar nuevos errores y eliminarlos de las teorías. El paso que la ameba no puede dar pero Einstein sí, es lograr una actitud crítica, autocrítica, un enfoque crítico. (Popper 1992, 90-91)

El realismo, por tanto, sigue siendo la concepción filosófica de partida. La existencia de una verdad objetiva, por su parte, es el único revulsivo del científico y la única explicación posible del progreso del conocimiento. Aparece aquí una especie de escepticismo del *mientras tanto* que declara inútiles los programas de búsqueda de la certeza que marcaron tanto el devenir de la filosofía moderna como el de la revolución científica naciente. El final de la certeza es el comienzo del aprecio por la verdad.

Según creo, se puede hablar de un tipo de realismo periodístico muy próximo a lo que Popper quiso decir con su teoría del sentido común respecto al mundo: "Habrà que disculparse por ser filósofo y especialmente por replantear una trivialidad como el realismo, la tesis de la realidad del mundo." (Popper 1974, 42). Según Popper, el realismo o *teoría del sentido común respecto al mundo* se justifica con esta serie de argumentos. El más fuerte de los cuales combina a su vez otros dos: el hecho de que el realismo forme parte del sentido común y el de que los pretendidos argumentos en su contra no sean sólo filosóficos sino que se basen en lo acrítico de una teoría como la de la *tabula rasa*.

Un realista puede admitir cambios en la materia observacional, pero insistirá en la separación entre sujeto y objeto e intentará hacer reaparecer esa separación dondequiera que la investigación parezca estar en conflicto con ella. Al creer en una aproximación a la verdad, tendrá también que poner límites al desarrollo de los conceptos. Por ejemplo, de una serie de teorías en funcionamiento, tendrá que excluir los conceptos inconmensurables. Esta es la actitud tradicional hasta, e incluido, el racionalismo crítico de Popper. (Feyerabend 2002, 31).

Las teorías físicas, químicas o biológicas implican el realismo en el sentido de que si son verdaderas, el realismo ha de serlo también. Algunos hablan en este sentido, de realismo científico, aunque Popper prefiere llamarlo metafísico por su falta de contrastabilidad. Uno de los que hablan de realismo científico es Bunge. Para este filósofo, "la investigación empírica y el diseño técnico presuponen el realismo científico y lo confirman ya que dan por resultado cambios legales producidos deliberadamente en cosas reales" (Bunge 1985, 54). Pero es que, además, el lenguaje humano siempre es descriptivo y una descripción sin ambigüedad siem-

pre es realista. Negar el realismo equivale a megalomanía: “Para mí, el idealismo es absurdo porque también implica que es mi mente la que crea este mundo cuando sé de sobra que no soy el creador” (Popper 1974). Todo el problema de la verdad y de la falsedad de nuestras opiniones y teorías pierde su sentido si no hay realidad sino sólo sueños e ilusiones

En definitiva, el argumento más sólido para asumir metafísicamente el realismo reside en la garantía de poseer un conocimiento objetivo. Un conocimiento objetivo en el sentido de ser objetivamente conjetural aunque sea un conocimiento efectivamente aceptado como cierto en un sentido extraordinariamente cualificado. Por tanto, nuestros conocimientos se refieren a la realidad (en la medida de su objetividad), no son definitivos porque asumimos que es posible progresar en el conocimiento, ya que es conjetural y por tanto falsable, y a la vez confiamos, *en la práctica*, en el aporte de saber que nos ofrece esa conjetura, en ese saber del *mientras tanto* en la evolución del conocimiento. En este sentido, sabemos que hay una realidad y que nuestras ideas pueden estar equivocadas. Y precisamente la existencia del error patente es el indicador más perspicaz de una verdad latente.

Sólo la idea de verdad nos permite hablar con sensatez de errores y de crítica racional y hacer posible la discusión racional, vale decir, la discusión crítica en busca de errores con el propósito serio de eliminar la mayor cantidad de estos que podamos para acercarnos más a la verdad. Así, la idea misma de error —y de falibilidad— supone la idea de una verdad objetiva como patrón al que podemos no lograr ajustarnos. (Popper 1989, 280)

¿Qué hay de toda esta teoría para el periodismo? ¿Qué puede tener de popperiana una Teoría de la Información Periodística? En primer lugar, parece necesario mantener posiciones cercanas al realismo crítico para dar cuenta del quehacer periodístico. Popper nos los enseña para la ciencia, para que el quehacer investigador tenga sentido: una realidad que investigar. Ahora estamos ante una realidad de la que informar. En definitiva, las teorías científicas, como conjeturas, son a la verdad de la realidad, a la verdad objetiva que llama Popper, como la verdad informativa (de la realidad construida que llega a los públicos) es a la verdad de la realidad en sí o realidad materia prima de la información.<sup>4</sup> Verdad, esta última, que debe ser entendida como principio para el periodismo informativo.

Que la realidad informativa sea una realidad construida por un sujeto profesional y que la verdad que llega a los públicos sea una verdad también construida, al ser verdad de esa realidad, no implica despedirse del realismo que afirma, por una parte, que hay una realidad fuera e independiente de nosotros (con la que se topa el periodista) y, por otra, que es a la correspondencia con esa realidad a la que se puede denominar verdad *sensu estricto*. Ferguson expresa de esta manera el problema del realismo en periodismo:

En cualquier caso, lo que se torna dificultoso ver cómo podemos hablar del realismo con sentido, puesto que a eso a lo cual el texto realista se refiere nunca puede ser validado ¡fuera del ámbito del discurso! Ahora bien, cuidado con esta afirmación porque por este camino podemos llegar a poner el discurso tan por encima de la realidad que entremos en el templo del posmodernismo. En el otro extremo, si creemos que el mundo está ahí fuera, esperando, de manera no problemática, a ser presentado a la audiencia, podemos acabar en formas dogmáticas de realismo diseñadas para ilustrar las verdades más allá de nuestra (re)presentación. (Ferguson 2007, 125)

La sensatez intelectual popperiana juega a favor de una postura intermedia entre tales extremos. Claro que tiene que haber una realidad ahí fuera, lo que hemos llamado la realidad en sí, pero, ¿de qué realismo podemos hablar tras el proceso de constitución-construcción



de tal realidad mediáticamente? Después de Kant, no hay objetividad sin sujeto ya que la objetividad se construye subjetivamente; con Popper nos damos cuenta de hasta qué punto la objetividad del conocimiento queda salvada por la provisionalidad de tal investigación, por el carácter crítico de la propia ciencia y de su verdad que, coexistente con el error, está siempre en camino de la verdad.

Los obstáculos externos al descubrimiento de la verdad son un ejemplo de cuán resistente es el mundo a nuestra voluntad. Es, por supuesto, resistente a que se le cambie de distintas maneras, pero también es resistente a ser descubierto, interpretado o desenmarañado, y estos dos tipos de resistencia están íntimamente relacionados entre sí (...) El hecho de que haya obstáculos externos a la búsqueda de la verdad es uno de los cimientos de nuestra idea de objetividad, en el sentido de que nuestras creencias responden a un orden de cosas que descansa más allá de nuestras propias resoluciones. (Williams 2006, 128-129)

Y así, podemos considerar que las investigaciones, las fuentes, los intentos sinceros de que los relatos informativos tengan algo que ver con la realidad, no son más que conjeturas que jamás pueden otorgar más que una certeza provisional. Es posible, por tanto, una forma mejor de ser veraces y es posible una verdad informativa mejor construida que ofrezca a los públicos un conocimiento más perfecto de la realidad. Y todo ello con la firme convicción de que, con todo y con eso, las conjeturas son todo cuanto podemos hacer por la verdad. Esta es la segunda clave fundamental de esta nueva navegación: las conjeturas, aun cuando sean nuestra única forma de acceder a la verdad, nunca son toda la verdad. Por ello, nuestras investigaciones nunca pueden presentarse más que como una mera *búsqueda* de tal verdad.

Es fácil ver la conexión entre las conjeturas en ciencia y la verdad informativa en periodismo. Ambas son las verdades parciales en busca de la verdad que hace grandes las dos misiones a la vez que las convierte en tareas permanentes. Una verdad que en ciencia se presupone y que en periodismo, en nuestra opinión, lo explicaremos más adelante, permanece como principio. ¿Cómo se conecta esa verdad informativa y su contrapartida subjetiva, la veracidad, con tal principio legitimador y fundamentador del quehacer periodístico? Mediante la actitud permanente de esfuerzo y de investigación; la actitud que acepta el error y lo corrige, rechazando en el mismo compás, la mentira. Curiosamente la actitud falible que se desprende del racionalismo crítico.

Por lo que respecta a la verdad absoluta –escribió Jenófanes– ningún hombre ha sido capaz de llegar a ella ni nadie lo logrará ni tan siquiera los dioses, ni nada de lo que yo diga podrá alcanzarla y ya en el supuesto de que alguien lo lograra, nunca tendría constancia de haberlo conseguido. La realidad no es más que una telaraña tejida con conjeturas. (Popper 1996, 249).

Las investigaciones y nuestra forma de aprovisionarnos de datos para poder construir una verdad informativa son también así meras redes por cuyos poros podemos perder buena parte de los hechos de la realidad-materia prima de la información<sup>5</sup>. Tarea del periodista, de la propia autorregulación del medio y en último extremo de los tribunales, será valorar en qué medida esa pérdida, inherente a toda captación, permite, aun así, que los públicos tengan conocimiento de lo sucedido. Es, en definitiva, la naturaleza falible del conocimiento la que revierte decisivamente en la naturaleza falible de la veracidad periodística.

Pero, puede suceder que, a costa de insistir en la no-seguridad con la que los profesionales de los medios se enfrentan a su tarea informativa, los públicos tengan, ahora sí, un argumento más profundo para seguir desconfiando de los medios de comunicación. ¿En dónde podría

fundarse ahora la confianza necesaria de los ciudadanos para que quede cubierto su derecho constitucional a la información, curiosamente apoyado en la veracidad y, por tanto, en la responsabilidad del periodista? Para solventar esta aparente aporía, planteamos las siguientes perspectivas:

- La convicción de que la tarea del informador es provisional sólo afecta a su propio quehacer profesional en el sentido de considerar que sus investigaciones y averiguaciones pueden ser mejoradas o incluso superadas. Por tanto, se trata de distinguir la veracidad del dogmatismo.
- Ahora bien, esta actitud con la que los profesionales producen una verdad informativa no puede conducir a actitudes sospechosas por parte de los públicos, ya que, en el *mientras tanto* de esa información, esa verdad informativa es lo que hay. Esta convicción de la veracidad del periodista a la hora de construir esa verdad debe redundar en actitudes de confianza en una tarea bien hecha, aunque susceptible de ser mejorada.
- La actitud periodística tiene que ayudar a los públicos a adquirir la misma actitud abierta que les aleje de las posiciones dogmáticas y cerradas de quienes se acercan a las líneas editoriales que justifican sus prejuicios ideológicos de partida. Esta actitud de los profesionales redundaría en una mayor confianza, en una tarea alejada definitivamente de la prepotencia periodística.
- La comprensión, en definitiva, del quehacer periodístico y especialmente del periodismo de investigación puede hacerse, en algún sentido, a la luz de la *Lógica de la Investigación Científica* rehabilitando así la noción de hipótesis, rescatando el valor del error y haciendo así del saber periodístico un saber que se mantiene en los mismos márgenes epistemológicos y metodológicos que las ciencias naturales.

Ese carácter conjetural propio de las teorías hace que estas, al menos a corto plazo, tengan un objetivo mucho más mermado y humilde que el de la verdad: la verosimilitud que, según Popper, es el término adecuado para definir la aproximación a la verdad.<sup>6</sup> Como si la verdad fuera la meta final respecto de distintas, progresivas y mejores metas volantes. Cree Popper que el saber crítico, precisamente, viene caracterizado por esa búsqueda infatigable de la verdad que impone a cada resultado científico, a cada propuesta teórica la marca de la provisionalidad. Verosimilitud, contenidos de verdad y conjeturas (conceptos diferentes pero con un claro denominador común: ser construcciones teóricas que se aproximan a la verdad) son lo máximo que nuestro finito y limitado conocimiento puede hacer por la infinita e inabarcable verdad. ¿Podemos aprovechar esta noción de verosimilitud para el periodismo? La verosimilitud sería, en este sentido, el resultado de cuanto puede hacer la veracidad por la verdad. A la realidad-materia prima de la información le corresponde la verdad que hemos denominado principio para el periodismo informativo. Pues bien, la verosimilitud es la marca de aproximación de la verdad informativa, siempre parcial, a la verdad que se corresponde con realidad en sí.

La veracidad profesional construye una verdad informativa siempre provisional y, por tanto, la verosimilitud es el grado de aproximación de esa verdad *construida* a la verdad que permanece como principio para el periodismo. Y es que, al haberse producido ya los acontecimientos, se puede reconstruir un relato noticioso verosímil que ofrezca la siguiente presuposición: así ha debido de ocurrir esto.



## Conclusiones

El derecho a la información veraz redonda en un derecho que excede el ámbito individual y contribuye así a la construcción de una sociedad plural y tolerante. La Sentencia del Tribunal Constitucional 192/1999 declara que la veracidad exigible al periodismo como derecho fundamental no es la verdad (Chillón 2011). El que la veracidad sea aplicable a las hipótesis o a las conjeturas, como así lo explica la sentencia, apunta al reconocimiento del carácter falible del trabajo periodístico que asume que la realidad en sí, la realidad de la que se informa, es siempre más amplia que la realidad informativa que llega a los públicos. Por eso no es lo mismo errar que mentir. Y mientras el periodismo soporta, asume y tiene mecanismos para reconocer el error y de alguna manera resarcirlo, no puede aguantar la mentira a no ser a costa de la desintegración misma del sistema que lo soporta.

La veracidad, en definitiva, apunta al hecho de que la realidad no sólo es distinta de nuestros pensamientos y conceptos sino además más amplia e inagotable. Todo ello nos obliga a una honestidad intelectual que reconoce que nuestros marcos, es decir nuestros *prejuicios*, son tan reales como ampliables y superables en cuanto expresión de nuestra libertad. Es una buena manera de vincular razón y libertad como legado popperiano. Nuestra racionalidad nos exige una correspondencia cada vez mayor con la realidad y un acercamiento, aunque sea asintótico, a la verdad de la misma. Popper, en especial en su trabajo titulado *El mito del marco común* (Popper 1997), plantea adecuadamente esta cuestión. Se trata de descubrir que es posible aceptar los marcos particulares de investigación sin que ello nos impida acceder a la verdad. Popper intenta descubrir la potencialidad del desacuerdo como condición de posibilidad y del progreso del propio conocimiento: "Sostengo que la ortodoxia es la muerte del conocimiento pues el aumento del conocimiento depende por entero de la existencia de desacuerdos." (Popper 1997, 43) ¿Es deseable el acuerdo? no siempre, sobre todo cuando el acuerdo puede llevar a admitir que algo es verdad cuando en realidad es falso. Por ello es preferible, explica el filósofo de Viena, que ante la dificultad de ofrecer argumentos concluyentes, consideremos que es la verdad de la realidad como *idea regulativa*, la que nos invita a producir nuevos y mejores argumentos. El progreso del conocimiento, se puede decir así, está asentado en la posibilidad de un desacuerdo fecundo. Esta es la actitud abierta que reclama Popper no solo como actitud científica, sino como actitud humana y que creo que puede aceptarse como auténtica actitud periodística: aquella que sin tener (y probablemente sin deber) que abandonar sus pre-comprensiones de partida y sus presupuestos ideológicos o empresariales, se pone a la escucha de la realidad, se libera de sus ataduras intelectuales y amplía sus límites de comprensión. La discusión, explica Popper (1996, 204), será tanto más fructífera cuanto mayor sea la diferencia de los puntos de partida de los interlocutores. El necesario pluralismo informativo que encarnan los medios de comunicación y que forja los cimientos de una sociedad abierta aparece como la contrapartida periodística de ese *desacuerdo fecundo* del que habló Popper. Un desacuerdo que certifica que la verdad está siempre más allá de las perspectivas que representan las verdades informativas propias de cada medio. Un desacuerdo que recuerda diariamente a la veracidad (y, por tanto, al trabajo periodístico) su carácter provisional. Sin esta capacidad de reconocimiento del desacuerdo, estaríamos del lado del pensamiento único (el del capitalismo, el de la racionalidad instrumental...) que cierra la sociedad a cualquier apertura posible y cercena la democracia en su más alto valor: el de la libertad.

## Bibliografía

- Artigas, M. (1998). *Lógica y ética en Karl Popper*. Pamplona, EUNSA.
- Bunge, M. (1985). *Racionalidad y realismo*. Madrid, Alianza.
- Chillón, J. M. (2007). *Periodismo y objetividad. Entre la ingenuidad y el rechazo. Esbozo de una propuesta*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Chillón, J. M. (2009). "Crítica y objetividad contra dogmatismo. Lecciones popperianas para el periodismo informativo". *Estudios sobre el mensaje periodístico*, 15, pp. 157-173.
- Chillón, J. M. (2010). "Verdad informativa y veracidad informadora. ¿Qué puede hacer el periodismo por la verdad?". *Estudios filosóficos*, 59 (170), pp. 43-68.
- Chillón, J. M. (2011). "Análisis filosófico de los fundamentos jurídicos de la STC 192/1999". *Universitas. Revista de filosofía del derecho*, 14, pp. 21-41.
- Chillón, J. M. (2015). "¿Popper aristotélico? Logos, crítica y sociedad abierta". *Daimon*, 65, pp. 147-162.
- Ferguson, P. (2007). *Los medios bajo sospecha. Ideología y poder en los medios de comunicación*. Barcelona, Gedisa.
- Feyerabend, P. (2002). *Contra el método*. Barcelona, Folio.
- Marcos, A. (2004). "Historicismo y falibilismo. Popper y la Ciencia de la Historia", en González, W. J. (ed.). *Karl R. Popper: revisión de su legado*. Madrid, Unión Editorial.
- Martínez Solano, J. F. (2005). *El problema de la verdad en K. Popper*. La Coruña, Netbiblo.
- Popper, K. (1967). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona, Paidós.
- Popper, K. (1974). *Conocimiento objetivo*. Madrid, Tecnos.
- Popper, K. (1977). *Búsqueda sin término*. Madrid, Tecnos.
- Popper, K. (1989). *Conjeturas y refutaciones*. Barcelona, Paidós.
- Popper, K. (1992). *Un mundo de propensiones*. Madrid, Tecnos.
- Popper, K. (1995). *La responsabilidad de vivir*. Barcelona, Paidós.
- Popper, K. (1996). *En busca de un mundo mejor*. Barcelona, Paidós.
- Popper, K. (1997). *El mito del marco común*. Barcelona, Paidós.
- Williams, B. (2006). *Verdad y veracidad*. Barcelona, Tusquets.
- Zanotti, G. (1999). "Karl Popper: antes y después de Kyoto". *Arbor*, (42), pp. 229-243.

## Notas

1. Una versión previa de estas cuestiones puede verse en Chillón (2009) y Chillón (2010)
2. Una crítica de este libro y a la *revolución* hermenéutica que supone en la filosofía de Popper, puede verse en Zanotti (1999).
3. Así lo expresa genialmente Spinoza: *Sane sicut lux se ipsam et tenebras manifestat, sic veritas norma sui et falsi est*. (Ética, II, 43)
4. Hemos tratado estas cuestiones sobre la verdad en Chillón (2007) y Chillón (2009).
5. Nos referimos a la realidad materia prima de la información como la realidad en bruto de la que es testigo el periodista y de la que debe informar.

6. Escribe Popper: “Aunque no poseamos un criterio de verdad y ni siquiera medios para estar totalmente seguros de la falsedad de una teoría, es más fácil descubrir que una teoría es falsa que descubrir que es verdadera. Incluso, tenemos buenas razones para pensar que, estrictamente hablando, la mayoría de nuestras teorías son falsas pues idealizan o simplifican excesivamente los hechos. Sin embargo, una conjetura falsa puede estar más o menos próxima a la verdad. Así llegamos a la idea de proximidad a la verdad, o de mayor o menor aproximación a la verdad, es decir, a la idea de verosimilitud”. Citado por Martínez Solano (2005, 177).